

LA UNION

SEMANARIO REGIONAL INDEPENDIENTE

Calle Mayor, núm. 16, Imprenta.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

PRECIOS DE SUSCRICION

Jaca: trimestre. . . UNA peseta
Fuera: semestre. . . 2'50 id.

Se publica los Jueves

ANUNCIOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales
No se devuelven originales, ni se publicará ninguno que no esté firmado.

PUNTO DE SUSCRICION

Año III

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle Mayor, 16.

JACA

Sábado 18 de Diciembre de 1909

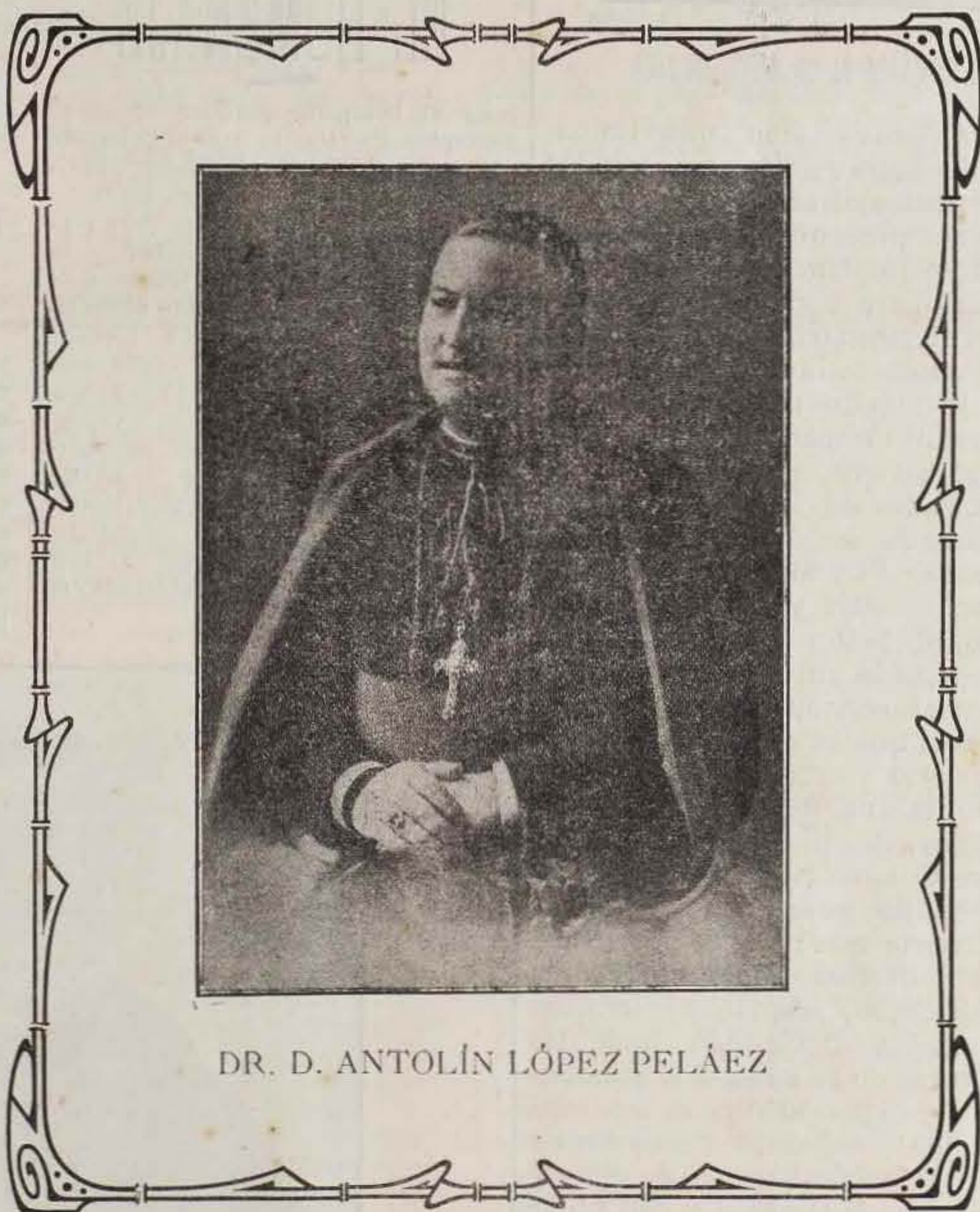
Toda la correspondencia á nuestro

Administrador

Núm. 143

NUESTRO HOMENAJE AL EXCELENTÍSIMO É ILMO. SR. OBISPO DE JACA

Rebel tributo de admiración al eximio Pontífice de la Iglesia jacetana Excelentísimo é Ilmo. Sr. Dr. D. Antolín López Peláez, es este número que el semanario LA UNION se honra ofreciéndole. Como católicos, como jaqueses y como periodistas hubiéramos creído faltar á un deber elemental no asociándonos al aplauso que ha merecido en todas partes la labor de tan insigne Obispo, bien patente, aparte de otras manifestaciones, en el banquete con que se le agasajó el 10 del corriente en la Casa Consistorial de esta ciudad y sobre todo en la memorable velada que con caracteres de acontecimiento se verificó el mismo día en el Teatro como lugar más adecuado, por lo amplio, para contener á la numerosísima y selecta concurrencia que asistió á aquella. Abrió estos actos la Comisión que procedente de la Corte y compuesta de distinguidas y prestigiosas personalidades, nos favoreció con su visita, siendo portadora de la artística y valiosa placa y album adquiridos por suscripción nacional y ofrecidos á nuestro Reverendísimo Prelado. Satisfecho puede hallarse el culto y atildado escritor, presbítero D. Ramón Méndez Gaité del éxito venturoso de su plausible pensamiento, pues con su valiente folleto «Me declaro Rebelde» ha conseguido tan lisonjeros resultados cristalizando además un estado de opinión importante por la calidad y el número, dando forma galana á la gratitud de los humildes para el defensor de su abandono, á la adhesión de los intelectuales al elocuente parlamentario y fecundo publicista, al paladín de la prensa cristiana y moraliza-



DR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

dora, acérrimo en la defensa de las ideas, pero tolerante y benévolo con las personas, al venerable sucesor de los apóstoles cuyas incansables campañas en el parlamento, en el libro y en la tribuna periodística, sin exclusión del más celoso ejercicio de su propio y alto ministerio, son la ejecutoria más fehaciente de sus múltip'es talentos, de su sólida cultura y de su decidida y enérgica voluntad, siempre activa y altruista y puesta al servicio de las causas más justas y

simpáticas. Por ello y apartando toda significación política y aun de otra especie cualquiera para nuestro objeto, y sólo como prueba pequeña, por ser nuestra, y por dedicarse á quien de tanto es acreedor, pero inequívoca y sincera como la que más de íntimos sentimientos, este semanario saluda con reverencia y besa rendidamente el anillo de su esclarecido Pastor, rogándole se digne aceptar la insignificante ofrenda del número extraordinario que se honra en de-

dicarle, para que sea en el concierto de alabanzas de un homenaje justísimo, una nota más, que si resulta apagada y sin matiz será por la opacidad de la voz que la emite, ya que la voluntad que la dicta apetecería el más perfecto de los acordes. Pero así como por la ley del contraste, la parte de sombra de un cuadro rico en luz y colorido sirve para que se destaque mejor la tonalidad del conjunto y para favorecer la perspectiva, acaso, y dichosos nosotros si fuera así, nuestra pequeñez y oscuridad haga resaltar de modo más patente la valía de los elementos, que aclaman al Prelado de Jaca como una de las glorias más puras y legítimas del episcopado español.

LA REDACCION.

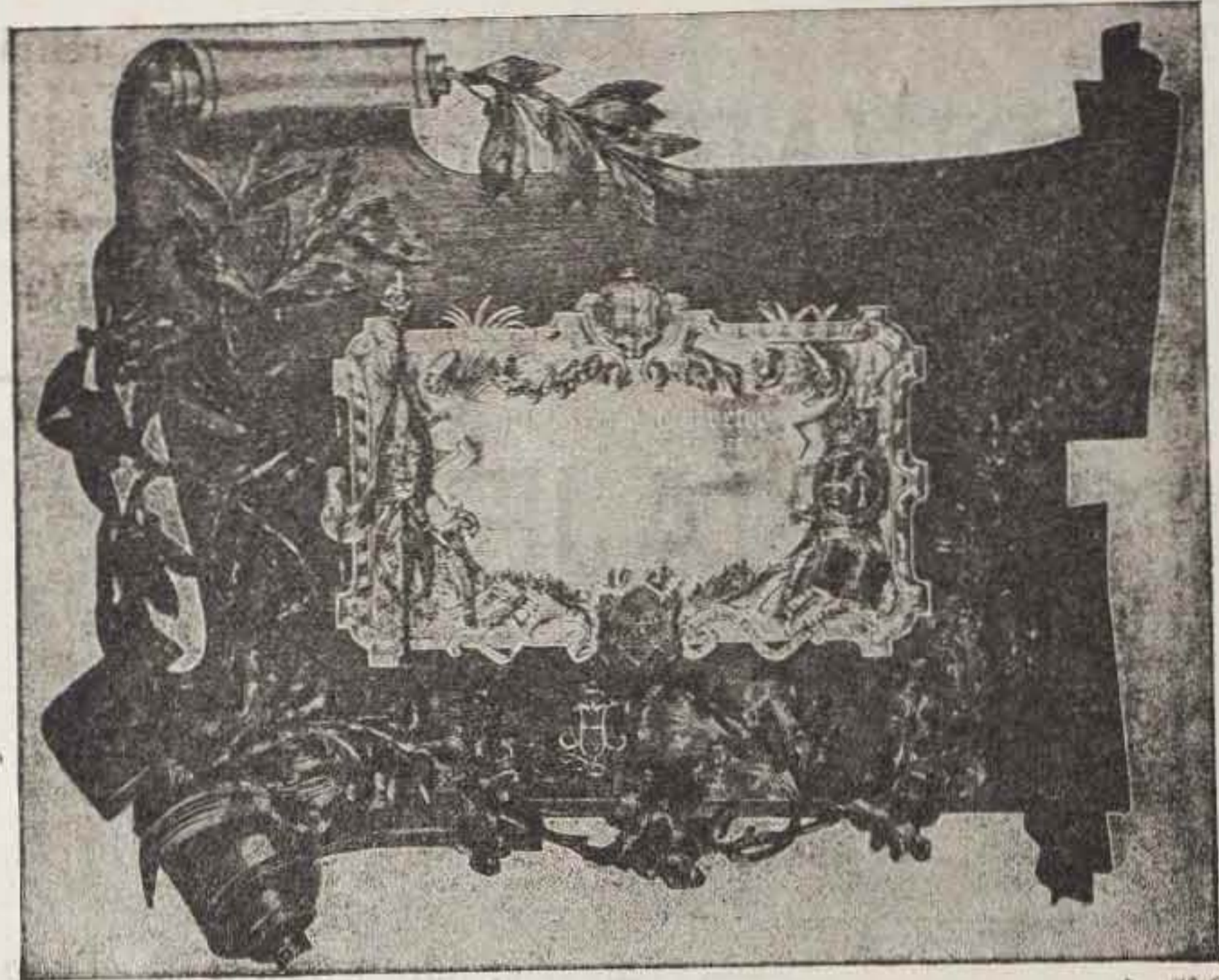
RELIGIÓN Y PERIODISMO

Es axiomático que la propaganda es el medio más adecuado para la difusión de las ideas y que la lucha se impone cuando hay controversia, es decir, cuando predicaciones de doctrinas opuestas á las que sostenemos, nos salen al paso disputándonos los prosélitos y la acción. De ahí que las enseñanzas religiosas hayan constituido la principal tarea del sacerdote como maestro de la fe, y la defensa de la moral y del dogma sea el objetivo primordial de los apologistas.

En las épocas de fervor, cuando las gentes acudian á los templos y el espíritu piadoso latía vivo en la sociedad, el púlpito era el lugar propio y privativo para las tareas del apostolado, pero en aquellos momentos históricos, como en el que nos encontramos, en que la negación

ó el indiferentísimo ó el ambiente del siglo retrae á la mayoría haciendo que las iglesias, salvo en las grandes solemnidades por tradición ó por el aparato del culto, ó en los momentos de la misa los días de precepto, se vean ó vacías ó solo concurridas

en su casi totalidad por mujeres, como si el hombre tuviese á menos el frecuentarlas, se hace indispensable, en ejercicio de un derecho tan respetable por lo menos como cualquier otro, levantar la voz para panegirizar las doctrinas católicas y para di-



FAJSMIL DE LA PLACA POR SUSCRIPCION NACIONAL REGALADA AL SR. OBISPO DE JACA

sipar las objeciones de las escuelas adversas, allí donde puedan tener resonancia la alabanza y réplica. Y ningún lugar mejor para tal fin que las columnas de los periódicos. Hoy la prensa es el campo de batalla donde libran sus combates los ideales más divergentes, y la pluma el arma más poderosa que esgrimen los adversarios. ¿Cómo extrañar pues que las lumbreras más grandes de la iglesia la elijan como el medio más á propósito para la consecución de sus trascendentales designios? Si en la prensa se defienden errores, en la prensa debe atacárseles; si en la prensa la moral sufre agravio, en la misma prensa debe vindicarse; si la prensa, cuando la informan móviles tendenciosos y disolventes, daña á muchos, la prensa bien dirigida puede y debe favorecer á todos, pues no en balde es la prensa á despecho de lo que quiera la ignorancia ó la pasión, una de las conquistas más firmes y definitivas del progreso, comparable en su acción á esos modernos explosivos en que los adelantos de la Química condensan un potencial dinámico enorme, y con los cuales lo mismo se horadan las montañas y se terraplanan los abismos, anulando las fronteras geográficas, y contribuyendo al bienestar y fraternidad de los pueblos y al triunfo de la Civilización, que se siembra el terror y a muerte intentando retrotraer á las sociedades á la barbarie primitiva. Por esto y no por hacer política como mezquina torpe é interesadamente propagan algunos, sino con miras

más elevadas y en cumplimiento de sacratísimos deberes, los elementos directores del Catolicismo preconizan hoy el combate periodístico como lo más eficaz para contrarrestar la corriente antirreligiosa y demoleadora que lo invade todo, y bien de la religión merecen, y de las personas imparciales, sea el que fuere su criterio, los campeones decididos de estas luchas, que glosando en otro sentido una frase de Pi y Margall, son *las de nuestros días*, y que como el dignísimo Señor Obispo de Jaca ponen sus entusiasmos y energías al servicio de tan honrosa labor, que es en el fondo tarea pastoral y evangélica, tanto como la que más de su elevado ministerio; pues así como el Padre Coloma en el prólogo de su debatida novela «Pequeñeces» advierte que bajo la apariencia del novelista habla tan solo el misionero, cuando los jerarcas católicos descienden desde las alturas de su solio á la candente arena periodística es solo con el noble estímulo de combatir el que juzgan erróneo en el terreno más favorable, y con noble desinterés nunca bastante reconocido, realizando una obra reudentora, en que si la satisfacción del deber cumplido y el aplauso de los mejores habrá de acompañarles, no siempre obtendrán el unánime asentimiento á que es acreedor su generoso esfuerzo, que si no fuese tan fecundo en resultados, sería solo por la rectitud de la intención merecedor de los más espontáneos y sinceros parabienes.

Emilio Heredia

El Duque de Bivona

Alarmados los muchos amigos con que cuenta en este partido el Sr. Duque de Bivona, por la noticia publicada en varios periódicos el jueves último, según la que nuestro amigo aparecía enfermo de gravedad en Berlin, se han recibido y obtenido noticias telegráficas directas que desmienten en absoluto tal rumor, resultando de ellas el que el Excmo. Sr. Duque de Bivona disfruta de buena salud, proponiéndose en breve, regresar á Madrid, con objeto de ultimar todos los preliminares anejos á su presentación como candidato á la diputación á Cortes por el partido de Jaca.

Nos apresuramos gustosos y adelantamos estas noticias al número ordinario, para calmar la impaciencia por nuestros amigos del partido demostradas en infinidad de cartas y telegramas que hemos recibido.

EL HOMENAJE

En el banquete que Jaca ofreció al venerable Prelado, se reflejó fielmente cómo el pueblo se asoció desde el primer momento á la feliz idea de la comisión, que de Madrid vino para rendirle justo homenaje de gratitud, coincidiendo en un mismo sentimiento de admiración, respeto y afecto al Prelado, las clases populares, las de elevada posición y los elementos oficiales de distintos órdenes. Todos se congregaron en el salón de actos del Ayuntamiento, haciendo de aquél banquete una fiesta simpatiquísima y de gratas impresiones. No hubo brindis, sólo el Alcalde, pronunció uno ofreciendo tan gallarda manifestación al Prelado, que fue por este contestado con elocuencia grande.

El acto del homenaje resultó brillante á toda ponderación. Poco antes de la hora anunciada, el teatro presentaba deslumbrador aspecto.

La sala estaba totalmente ocupada por un público extraordinario, entre el que se veía no sólo á muchas distinguidas familias y prestigiosas personalidades, sino á un sinnúmero de gentes del pueblo.

El escenario había sido convertido en un estrado, en el cual se colocó la mesa presidencial y otras laterales, un caballete sobre el que destacaba la placa con que se obsequia al Sr. Obispo, obra verdaderamente notable, y otra mesa en la que se veía el álbum que contiene las firmas de cuantos contribuyeron para aquél rico y artístico obsequio.

Al entrar en la sala el Prelado acompañado de las comisiones, hubo repetidas y estruendosas salvas de aplausos.

En la presidencia, cerca del Señor Obispo, colocáronse el Alcalde, el Deán, el Coronel del Infante Sr. Lachambre y la comisión de Madrid, compuesta por el presbítero Sr. Méndez Gaité, los ingenieros Sres. Alfaro y García, el periodista Sr. Quintero y el abogado señor Peña.

Principió el acto, ejecutando la banda de música militar una sinfonía.

Seguidamente se dió lectura á las adhesiones recibidas (de ellas publicamos algunas en otro lugar) y se pronunciaron los discursos por el órden siguiente y por los señores que los firman.

EN HONOR

DEL
Excmo. Sr. Obispo de Jaca

Excmo. Sr. y Venerable Prelado

Febril impaciencia era la mía en espera de que llegase este instante que yo provocara en ocasión para mi memorable Ponía de una parte alas á mi deseo, el ansia de poder mostraros una vez más los calurosos sentimientos de sensible admiración, de inquebrantable cariño y de profundo respeto que mi alma abriga generosa y desinteresadamente hacia vos; de otra, el temor de que yo, el más humilde de todos los



aquí reunidos y con menos títulos que alegar, aunque parezca el más resuelto y decidido en mi propósito de caritativa nobleza y de buena voluntad; hubiese de ser el encargado de explicar este acto y el objeto, cuya solemnidad bastara á emocionar al más indiferente.

Pugnaran mis sentimientos por hallar salida que los libertara de la estrecha cárcel del corazón en que están anidados y encerrados, y fuera inútil que mis labios pretendiesen decir lo que aquellos dictaran; la emoción que embarga mi ánimo sería bastante á cerrar mi boca en un mutismo que aunque tuviese la elocuencia del silencio no sería bastante á expresar el noble sentir de mi alma.

Por esto, yo acudí á mi pluma, la más torpe, la más sencilla y la más incapaz de todas, en demanda de auxilio, y ella, tardía y desmayada como siempre, ha trazado estas cuartillas que yo leo, tembloroso y anonadado ante la grandeza del acto que hoy nos congrega en este sitio.

Momento es este de júbilo grande para los que traemos cerca de V. E. I. el honorosísimo encargo de ser portadores de un homenaje que yo inicié y que la gratitud de millares de almas, os ofrece como prueba insignificante de vuestros merecimientos, pero sincera de cariño y admiración.

No es preciso insistir en el entusiasmo que en nuestro ánimo ha producido la alta misión que en cumplimiento de nuestra feliz iniciativa nos conduce aquí ante Vos. Bastáranos para congratularnos, simplemente el hecho de darnos honrosa ocasión este viaje, de besar vuestra diestra amantísima y de poder saludaros á título de leales amigos y devotos admiradores, sino hubiera motivos más poderosos que, aparte de la satisfacción de veros, nos hicieran sentirnos orgullosos de formar parte de esta comisión que yo preparé y que hoy viene á visitaros en vuestra residencia episcopal. Y en verdad que nunca con más poderoso motivo pudimos considerarnos honrados y satisfechos que en esta ocasión en que somos el eco fiel de un asentimiento colectivo de gratitud, de millares de personas que un día vieron en vos, á más del infatigable pastor fiel cumplidor de la misión evangélica que os impulsara la Voluntad Divina, un ardiente y decidido adalid, y un desinteresado campeón lanzado en impetuosa y denodada lucha á la defensa de las clases humildes y desvalidas tanto más necesitadas de un brioso defensor, cuanto su misma humildad las hace ser olvidadas por el egoísmo é indiferencia de los fuertes.

Conocidos os son, amantísimo Prelado, todos los que en este momento se encuentran en presencia vuestra. Ninguna persona de las que me han dispensado el honor de acompañarme ha menester de mi presentación. Amigos son todos de V. E. Ilma., admiradores y entusiastas de este homenaje nacional, compañeros míos de la comisión y objeto que á esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad aquí nos trae, y ninguno de ellos necesita de mi presentación, sus muchos méritos y el amor que os tienen les presentan y esto basta; y por último yo el que en este momento tiene el honor de dirigiros la palabra al cual conocéis sobralamente y á quien no corresponden otros títulos para hacerlo, que un acendrado cariño y una devotísima y sincera admiración hacia vos, suficientes á mover mi inhabil pluma, péñola amantísima que yo, á la manera de Luis Venillot, citado por vos en discurso memorable quisiera bajase conmigo al sepulcro, y que se resiste á permanecer ociosa cuando se presenta ocasión de rendir público testimonio de vuestros incontables merecimientos y realzar las

virtudes que avaloran vuestra alma generosa.

Bien sé que estas palabras os mortifican y están lejos de satisfaceros, ya que vuestra humildad os hace insensible á todo halago y alabanzas; pero justo es que en un momento como este, saturado de sinceridad, sea permitido desembozar nuestra alma diciendo cuanto ella siente, pues no hemos de convertirnos en tan humildes servidores de la modestia que ella nos impida hacer públicos sentimientos que pugnan por hallar natural expansión.

No es esta ocasión oportuna para hablar largamente de vuestra prodigiosa campaña en el Senado, que ha llenado á España entera. Sería además inútil pues obtuvo justas y universales simpatías y en la memoria de todos se ha grabado en caracteres tan indelebles que no es fácil el olvido.

Ocupastéis, Excmo. Señor, vuestro escaño de la Alta Cámara con la doble autoridad sagrada que os pertenece y pronto hubisteis de daros cuenta del abandono en que vivían las clases humildes de nuestra sociedad, y al verlas desamparadas, vuestro corazón generoso latió al unísono de sus desatendidas aspiraciones y en uso de un perfectísimo derecho de ellas, os hicisteis eco en el Senado. Poco habituados debían estar en aquél recinto á que la voz de un senador pidiera justicia para los que de ella habían hambre y sed, cuando la vuestra produjo tal impresión, que fuisteis para los buenos como una esperanza y para los fariseos gubernamentales como un recordamiento.

Pero lejos de mostrarse agradecidos aquellos hombres de la conservaduría liberal con vuestra plausible obra de misericordia y moralización en las leyes por el surgir de alguien que se apresurara á abogar por los intereses de los humildes, se trató con manejos políticos de acallar vuestra voz, de sacrificaros con el desprecio, de hacer os saltar de vuestro puesto, de cerrar vuestros labios; y entonces, preferible es no recordar lo que ocurrió ya que la opinión y la prensa se encargaron unánimes y sin reservas de redactar airada y justa sentencia condenatoria contra quienes trataron de agraviaros con desdenes y descortesías, que no tuvieron otro efecto—aparte de vuestro sensible alejamiento de la Cámara cuando tanta falta hacía vuestra presencia allí—que poner de relieve su censurable conducta.

Entonces fué cuando mi pluma, vencida su torpeza por la fuerza de su sinceridad, se desbordó á manera de torrente de lava y se atrevió á escribir aquél folleto de rebeldía que si produjo grandísima sensación, no fué debido á méritos del que lo redactara—¡pobre de mí!—sino ha de ser sus páginas expresión del sentir indignado de muchos que se consideraron agraviados en la injusta ofensa y la bochornosa desatención hecha á vuestra persona. ¿Y cómo no así?

No fué el mío acto de quijotismo del que, á semejanza del hidalgo cervanteo, se aventura lanza en ristre por las dilatadas llanuras de Montiel en busca de agravios que *desfacer* y en espera de entuertos á quienes enderezar. No necesitáis vos, reverendísimo Prelado, de lanza empuñada por brazos ajenos que os vengue de agravios que se os inferan, y menos de los míos apenas sin fuerza, pues vuestra justicia labor cumplida cristianamente y en conciencia y las numerosas virtudes cristianas de que estáis adornado, os conceden la fortaleza necesaria para que de ofensas ruines no os alcancen ni las salpicaduras. Y ejemplo de abnegación heroica disteis á vuestros ofensores, cuando al creer vulnerados vuestros derechos de senador en la múltiple condición de Obispo, y sena-

dor y patriota adoptasteis, la gallarda aptitud de desertar de un puesto en que España entera os reclama y volveros á vuestro retiro diocesano, donde nadie pudiera menguadamente turbaros en la práctica del bien.

Pero si vos, juzgastéis que aquella honrosa retirada era suficiente, yo que ardía en indignación por el desafuero que con vos se perpetrara, *Me declaré rebelde* y troné contra quienes tal osaron, procurando desmascarar torpes y ruines hipocresías; y á la manera como el diapason se utiliza en música para ajustar á un sonido fijo los de todos los instrumentos sonoros, sirvió *mi rebeldía* para unificar en un sentimiento común de protesta la indignación de que se sintieron poseídos todos cuantos fueron testigos de la ofensa de que fuisteis víctima. Aquella rebeldía trajo en primer término tres sesiones borrascosas en el Senado, que fueron así como un justo desagradío á V. E. Ilma. y luego la necesidad de que todos, que movidos por la gratitud bendecían vuestro nombre, exteriorizaran sus sentimientos en forma de un homenaje de admiración que pudiese llegar á vuestras manos, surgiendo de aquí la idea de la suscripción, de la cual cúpome también la honra de hacerme intérprete en aquél libro ruidosísimo para costear una placa y un álbum conmemorativo de vuestra gestión parlamentaria.

Ni entonces ni ahora se trata de realizar ningún acto político ni de llevar en triunfo, aunque esto no fuera pecaminoso, al portaestandarte de una idea; se persigue un fin mucho más noble, pagar la deuda de gratitud que España entera, sobre todo los humildes, aquellos á quienes defendisteis, tiene contraída con vos Excmo. Señor.

Y esta es la pobre ofrenda que os traemos. En ella, como véis, se refleja toda vuestra campaña senatorial y se recuerda mi humilde *rebeldía*. Circúndala un marco tallado en el corazón de un nogal de doscientos años, y en él se entrelazan las hojas de un laurel y de un roble, emblema las primeras de la corona gloriosa que os es dado ceñir por vuestra misión en la tierra como enviado de Dios en defensa de los necesitados, y que bien obtenido habéis por derecho de conquista, y simbólica expresión las segundas de la tenacidad de vuestro carácter que siempre se mantuvo firme en el cumplimiento del deber. Esperamos, reverendísimo Prelado, que la obra que hoy tenemos la alta honra de depositar en vuestras manos, sea de vuestro agrado, sino por su riqueza, que no es grande, por el cariño y por el amor de que es expresión.

Cuando sentado frente á vuestra mesa de trabajo, vuestros ojos fatigados de la lectura, se aparten de los miles de cuartillas que traza vuestra pluma magistral ó de las páginas del libro de estudio, en busca de un momentáneo reposo, si vuestra mirada en su errático esparcir acertara á posarse en esta placa, pensad en aquel momento que vuestro glorioso nombre se encuentra grabado en el corazón de los humildes que lo bendicen y que confían en vos, en la esperanza de que prosigáis una campaña que les proporcione el pan que Dios puso en abundancia á su alcance, pero que las complejidades con que los hombres urdieron el tejido de la vida, han hecho de él producto, que no ya con el sudor de vuestra frente, como Dios ordena, sino con la sangre de vuestras venas es menester lograr. ¡Otra cosa fuera si todos los espíritus estuvieran cual el de vos, saturado del espíritu de justicia que preside vuestras acciones y que resplandece en todos vuestros actos!

Y es llegado el momento de que mi acción de gracias, venga á satisfacer la deuda que yo he contraído con todos

aquellos que de un modo ó de otro han sido mis cooperadores en la labor que realicé. Vaya en primer término mi más sincera gratitud á la prensa toda, esa prensa de mis amores y de mi admiración, tan digna de mejor suerte, que imparcialmente refirió la asombrosa campaña senatorial de V. E. y que generosamente comentó aquel agravio irreverente y extemporáneo hecho en la múltiple condición de V. E. Ilustrísima, como Obispo, como Senador y patriota; prensa querida de la que recibí muestras constantes de afecto y apoyo incondicional en cuantas ocasiones de ella heube menester.

Cuando á ella acudí, solícita se apresuró á prestarme su ayuda, y las columnas de todos los periódicos, sin distinción de matices, fueron pródigo y hospitalario albergue, donde se ensalzó sin reparos mi folleto y se me animó á proseguir mi tarea. ¿Cómo no estar agradecido á los periodistas? ¿Cómo no deberles gratitud indeleble?

¡Los periodistas! Obrero de la pluma soy y siento un inquebrantable cariño hacia los que de ella como yo viven, gastando en esas hojas volanderas una energía nunca debidamente recompensada. De los periodistas recibí el apoyo moral que me sirvió de acicate para no desmayar en mi obra; de ellos recibí también ¿por qué no decirlo? las primeras cantidades que como cosa santa yo besé con mis labios de la suscripción destinada al homenaje que había de seros ofrendado.

No puedo resistir á la tentación de contaros como ocurrió. Fué á raíz de publicar el folleto cuando las contrariedades, los desengaños miles, amargos, crueles y vergonzosos, que anidan en mi alma, *y yo ni ahora ni nunca á nadie referiré*, me agobiaban ellos y sobre mi pesaban como una losa de plomo... cuando me había lanzado en busca de personas que me prestaran su concurso material, y cuando aquellas contrariedades inesperadas estaban á punto de enervar la fuerza de mis entusiasmos. Entré en las oficinas de Telégrafos con ocasión de redactar un despacho, allí estaban los periodistas, inclinados sobre los pupitres en el honrado trabajo de su penosa tarea. Conversé con ellos, la mayor parte amigos y conocidos; les hablé de mi proyecto, la palabra *desengaño* salió de mis labios y todos á una me aconsejaron no cesar en mi plausible campaña y me ofrecieron su apoyo incondicional. Y ¡espectáculo hermoso! todos espontáneamente contribuyeron con su óbolo, modesto, pero de un valor incalculable, á engrosar la suscripción. De allí salí con unas pesetas en el bolsillo y con el ánimo en fortaleza. Después de esto ¿quien extrañará que al ofrecer, Excmo. Señor, ese álbum donde se contiene los nombres de los que se adherieron á mi rebeldía, estampara yo en las primeras páginas como una ejecutoria de honor los nombres de aquellos periodistas?

Pero la fuerza de mi agradecimiento hacia la prensa me ha hecho olvidar que estoy haciéndome enfadoso é impertinente, que el tiempo corre y que aun quedan muchas personas con las cuales estoy en deuda de gratitud. Ha de hacerse esta extensiva á todas aquellas otras personas que con sus consejos, sus adhesiones y su concurso material, se hicieron solidarios de mi rebeldía y contribuyeron á la realización de mi empresa. En este grupo figuran los que me habéis honrado con vuestra compañía formando parte de esta comisión. Para con vosotros toda mi gratitud es poca. Os molesté para que vinieseis conmigo, arrancándoos de vuestros hogares y haciendo que desatendieseis vuestras ocupaciones, pero á pesar de las inclemencias del

tiempo, y de turbar vuestra tranquilidad con un viaje inesperado para vosotros, todos os habéis mostrado solícitos á mi demanda apresurándoos á acompañarme. Altamente honrado me he visto con ello y creed que vuestros nombres serán siempre para mí los predilectos, pues escritos quedan en mi corazón con cariño sin límites y con gratitud inquebrantable.

Y termino mi acción de gracias dándolas efusivas á todos los asistentes á este acto, patentizando así con su presencia el cariño y la admiración que merece el benemérito é insigne Señor Obispo de Jaca.

En cuanto á vos, amadísimo Prelado, no he menester de la Retórica para expresar mi admiración fervorosa y mi amor acendrado, pues sobradamente sabéis cuán grande es mi afección hacia vuestra sagrada persona. Pero antes de terminar y haciéndome intérprete de los deseos de cuantos vos tan bizarramente defendisteis en la Alta Cámara he de formular un ruego en su nombre: el de que tornéis pronto al escaño que abandonasteis, ya que lo reclaman, no solo vuestros pobres defendidos, sino España entera que en demanda, como el poeta, de un espíritu valiente, os llama Senador modelo y cree ver en vos uno de los pocos hombres prestos á defender la justicia y á poner una nota de verdad en el tinglado donde actúa nuestra farándula política.

¡Gloria á los pueblos que enaltecen á sus defensores, y gloria eterna al Doctor Señor López Peláez!

¡Viva España!
¡Viva el Sr. Obispo de Jaca!
¡Viva el Apóstol de la Buena Prensa!

Ramón Méndez Gaite

Excmo. Sr.

Abismos insondables separan de los de V. E. mis ideales y estas simas solo pueden llenarse por el profundo respeto, la inmensa admiración y el gran cariño que á V. E. profeso.

Son la cultura, el amor al trabajo y la nobleza, cualidades que es preciso admirar donde se encuentren y como V. E. las posee todas en el más alto grado tiene necesariamente que ser admirado por todo hombre honrado, piense él como quiera ó pueda.

La prensa liberal, la que vuestro calificó de mala y de la que soy humilde soldado de fila, ha demostrado cientos de veces con cientos de renglones encomiásticos que admiraba las grandes dotes de V. E. y le consideraba como enemigo con el cual la lucha de ideas ennoblece. Pudiera haber recabado con seguro éxito, representaciones de periodistas, literatos é intelectuales que integrando la cultura de España liberal, tendrían á honor rendir á la persona de vuestro pleitesía en este acto, pero no he querido hacerlo, no por el temor de molestar á V. E., que con su talento comprende fácilmente que la admiración y respeto del enemigo es la más estimable, sino para no ocultar mi modestísima persona tras una representación, que siendo grande, anularía mi insignificancia.

Por eso vengo aquí solo con y por mi persona á decir á V. E.

que este liberalote que peina canas, es aquel mismo chicuelo imberbe que en época, por dicha ¡ay! para todos, ya remota, quedó subyugado por la elocuencia y el inmenso saber de un curita de poca más edad, que por aclamación unánime de todo un pueblo, fué nombrado Magistral de la S. I. C. B. lucense y que acompañado de su padre que vestía el honroso uniforme de simple guardia civil, era tan modesto para sus admirables cualidades, como orgulloso se mostraba de ser hijo de padre humilde.

Conocimos después su ejemplar virtud, su nobleza de alma y sus inestimables prendas personales, y entonces todos unimos á nuestra admiración el cariño y el respeto de que antes he hablado. De entonces data mi conocimiento con el Señor Obispo de Jaca y de entonces acá en público y en privado no he cesado de hacer alarde de los afectos que á él me unen.

Y solo á eso he venido y aquí terminaría, sino considerase un deber hacer constar que otro curita joven, talentado y trabajador, sigue las huellas de nuestro anfitrión, y ha demostrado con este homenaje, del cual es principal autor, cuánto vale. Conste pues que á mi ilustre y querido amigo Méndez Gaite deseo fervientemente ver si guiando en todo las huellas del Doctor López Peláez, cuya vida debe servir de ejemplo á todo hombre que quiera ser útil á sus semejantes y cumplir así la síntesis de los mandamientos de la ley de Dios.

AZPIAZU.

Excmo. Sr.

Siempre y en todo momento, la antiquísima ciudad de Jaca, ha sabido rendir el homenaje más respetuoso de admiración hacia los ilustres Prelados que en el suceder de los siglos han abillantado nuestra hermosa historia, dando ejecutoria de vida á este modesto rincón de la Patria querida.

Prelados eminentes han sido aquéllos que cual Don Sancho, recibieron la veneración de estos montañeses, ya en 1063, con motivo del Concilio jacetano; como D. García, Infante de Aragón, que tuvo siempre á su lado á los jaqueses en la defensa de sus derechos con los Obispos de Roda y Pamplona; como D. Pedro del Frago, primer Obispo de la restaurada silla de Jaca, por cuya preciada conquista tanto se esforzaron los montañeses, cerca del Rey D. Felipe II; como D. Pedro de Aragón que fió su vida á los jaqueses, los que supieron defenderle del arcabuz de D. Lorenzo Abarca; como D. Diego de Monreal, que iden-

tificado con nuestro pueblo, recibió el encargo de defender sus derechos en las Cortes de Tarazona celebradas en 1592.

Obispos insignes fueron también D. Tomás Cortés, que deseando corresponder al amor que le profesaban los hijos de Jaca, satisfizo los anhelos de éstos instituyendo el Montepío de Santa Orosia, el 9 de agosto de 1616, con 300 cahices de trigo, institución que tal vez en el suceder de los tiempos, fuera el origen del Pósito de Jaca; D. Vicente Domec, ilustre jacetano, que en las Cortes aragonesas consagró todo su mucho valimiento á la defensa de su pueblo natal; D. Jerónimo de Ipenza quien secundando los fervientes anhelos de sus diocesanos, contrarrestó la disertación equivocada de D. Juan Tamayo Salazar, que hería vieja y veneranda tradición de los montañeses sobre su Patrona;... Prelados eminentes, en fin, ha contado la Silla jacetana, todos los que, conviviendo la vida real de los montañeses, han recibido de éstos el sincero testimonio de amor y cariño en todo momento y ocasión.

Las anteriores citas, tomadas entre otras mil que pudiera hacer á la vista de la hermosa historia del Episcopado jacetano, prueban suficientemente el que este pueblo noble, siempre aparecido unido á su Silla, con inquebrantables lazos de cariño ferviente y de firme adhesión.

Si pues, fué siempre la característica de los nobles hijos de esta tierra el vivir en hermandad respetuosa con sus Prelados, hoy que en acto de la más perfecta justicia, se vienen á sumar cariños y atenciones nuevos hacia el insigne Obispo jacetano, conquistados á fuerza de noble trabajo y de pública y notoria valía... ¿Puede nuestra ciudad romper viejas tradiciones máxime cuando anida en el corazón de sus hijos ese espíritu de amor y cariño que como legado recibimos de nuestros mayores?... En manera alguna.

El homenaje que se celebra, no ya solo es un acto de veneración, sumisión y respeto hacia el Prelado sabio, solícito é infatigable que en el libro, el Parlamento, la Cátedra, etc., etc., ha testimoniado quién es, á la par que evidenciado su amor al pobre y desvalido, demostrándole que no se encuentra huérfano de amparo; dicho homenaje recíbelo también de una manera indirecta Jaca, cuyo nombre, estrechamente unido al de nuestro querido Prelado, recibe honor inmenso que obliga á eterna gratitud.

Al más grande é imperioso pues de los deberes faltaría, si en nombre de esta ciudad, hoy no fuera intérprete del público

sentir, que no es otro que, poner de manifiesto el testimonio de la firme adhesión y participación de Jaca á este acto, en el que se pregona á la faz de la Nación, el agradecimiento que todos sentimos, la veneración y respeto que nos inspira el Excelentísimo é Ilmo. Sr. D. Antón López Peláez, agradecimiento con raíz en las brillantes campañas sostenidas, en los hermosos libros publicados por el insigne y sabio Prelado, orgullo del Episcopado español.

Mariano Pérez Samitier
Alcalde de Jaca

Realmente deben parecer inoportunas mis palabras, porque nada valgo y nada significo en el homenaje que se dedica á un sabio.

Con razón lo digo: permitidme que hable... Son unos periodistas forasteros los que vienen á ofrecer pleitesía de admiración al ilustre periodista de casa. ¿Qué he de hacer yo modesto representante del semanario local *El Pirineo Aragonés*? ¿Qué hemos de hacer todos, viendo que llega á nuestro pueblo chico el oleaje intelectual de los pueblos grandes?...

Porque ésto es algo nuestro, es algo que nos pertenece, un, no se qué capaz de despertar en nosotros el orgullo de posesión y la idea del triunfo.

Es nuestro periodista, nuestro Obispo, nuestro Pastor benignísimo. ya casi, casi, nuestro jaqués por excelencia, quien recibe en estos momentos, quieras que no, el tributo de la admiración más sugestiva de todas; la que se ofrece al talento y la que se otorga á la virtud acrisolada.

Bien, Excmo. Sr. Llor á vuestros merecimientos. ¡Ya lo creo que nos mostramos orgullosos los jaqueses de que V. E. conviva con nosotros!... Nuestros montañas aragonesas regalan á V. E. el oxígeno que dá a vida. Vuestro les paga con creces devoviéndoselo en efluvios de amor, en frutos de sabiduría, en alientos de bondad, de una bondad y de una sabiduría que conmueven y exaltan de admiración los espíritus de vuestros siervos, señor.

Aquí cabe las murallas que circundan á Jaca, potentes y grandiosas en el sig'lo VIII, porque conuvieron el avance del fanatismo mahometano; grandiosas y potentes hoy, por que á la faz del mundo son como el estuche que conserva la joya intelectual de Vuestro; aquí dentro de estas murallas ha concebido y ejecutado sus últimas obras literarias.

Quizá en estos momentos aletea todavía entre nosotros la inspiración que animó sus libros, de los cuales puede decirse que siempre el último es el mejor.

¿No hemos de disfrutar con nuestro triunfo? ¿Si es el triunfo del gran periodista, que alienta perennemente á nuestro lado, y flora nuestras desgracias y ríe nuestras alegrías y levanta con sus virtudes y con sus obras un nuevo jalón de oro en el progresivo desenvolvimiento de nuestra vida local! ¡El triunfo del Obispo jaqués! ¡El triunfo de lo nuestro! ¡así! ¡De lo nuestro!

Ilustres comisionados, que gratamente acojemos vuestra visita! De Madrid llegáis, en caravana honrosa, á un pueblo chico, que sabe estimar la grandeza de pensamientos y el espiritual impulso que os anima. Siendo sabios, ante el sabio os postráis placenteramente. ¡Qué modestia por un lado! ¡Por otro lado, qué gallardía en el sentir! Todo noble, muy noble. Bien venidos seáis.

Entended que mis palabras no pasan de ser un saludo cordial para vosotros, y permitid que, á vuestro lado, despliegue su admiración al eximio periodista, el periodista más humilde de todos.

Hace pocos días, de fuera os trajeron, Excmo. Señor, una pluma de oro. Ahora os ofrecen un album de inexplicable belleza y una placa de positivo mérito.

¡Qué alma, qué alegoría tan hermosa se desprende de tales objetos! El oro de la pluma es lo de menos. Bien sé yo que todas las plumas son de oro en manos de Vucencia...

Si el misterio de las cosas inanimadas pudiera convertirse, muchas veces, en expresiones elocuentes, veríais que en aquella pluma, y en esa placa van la admiración de los poderosos y el cariño de los humildes.

Esa es el alma. Eso es lo grande... No merecéis menos, señor.

HE DICHO.

Francisco Quintilla

El Sr. Polo Peyrolón, invitado á formar parte de la Comi-

sión, en la imposibilidad de aceptar, por los achaques de su edad, la crudeza de la estación y lo largo del viaje, se adhiere al homenaje con extenso trabajo literario, del cual tomamos los siguientes párrafos.

«Con generales como V. E. no habría soldados indecisos, apáticos ni cobardes, y la batalla entre la Cruz y el triángulo, tal vez cruenta, con la ayuda de Dios que nunca abandona á los suyos, terminaría con victoria segura.

«Si el eximio Sr. Obispo de Jaca no hubiera predicado con el ejemplo, durante su tan corta como brillantísima campaña parlamentaria, esta protesta virril no saldría de mi pluma, ni esta Comisión se encontraría en su presencia, ni esa joya artística en este salón, ni nosotros terminaríamos este solemne acto depositando á los pies del virtuoso Prelado D. Antolín López Pelaez una guirnalda de cordiales enhorabuenas y de felicitaciones fervientes, pidiendo á la vez al Altísimo que le colme de gracias espirituales y de venturas terrenas».

Manuel Polo y Peyrolón

Cerró los anteriores discursos con uno muy elocuente nuestro virtuoso Prelado. Los resumió acertadamente, y su palabra fluída arrancó repetidas veces al extraordinario concurso, sentidos y estruendosos aplausos.

Difícil es sintetizarlo en pocas cuartillas, pero no obstante, si bien incompletas, no podemos sustraernos á dar de él algunas ideas.

Comenzó diciendo que no iba á pronunciar un discurso, por que no era necesario que demostrase con palabras un agradecimiento que deseaba probar con obras, y porque se lo impedía su emoción. Hizo ver la grandeza del homenaje que se le tributaba, recordando la

prueba de compañerismo que le dieron Senadores representantes de todos los partidos, cuando libre y espontáneamente se decidió á no volver al Parlamento mientras durasen las actuales Cortes. Trató de convencer al público de que no merecía gratitud ninguna su labor parlamentaria, pues habiendo nacido en las ínfimas clases sociales no era extraño que se hiciese eco de las aspiraciones de los humildes lo mismo del pueblo que del ejército, del cual hizo los mayores elogios. Dijo que no creía fuese cierto lo que la prensa refirió de que á consecuencia de sus campañas en el Parlamento no se le hubiesen concedido determinados títulos y condecoraciones. Expresó su gratitud á la comisión y contestando á uno de sus individuos manifestó que seguiría combatiendo á la prensa contraria á sus ideas, pero que seguiría el principio de San Agustín, de aborrecer el error y amar y compadecer á los que yerran. Tuvo frases cariñosas para las autoridades; y exhortó al pueblo de Jaca á que así como se había unido para glorificarle en aquellos momentos estuviera unido siempre para todo lo que redundara en bien de la ciudad. Terminó su extenso discurso con un *viva Jaca* que fué muchas veces repetido por la multitud.

Adhesiones

Imposible transcribir las muy numerosas que se han recibido suscritas por personas que en la prensa, en la política, en la literatura, ocupan lugares muy preeminentes.

A gran número dió lectura el Sr. Mendez Gaite y citó de otras las firmas por abreviar aquella labor de otra suerte interminable.

Entre los adheridos recordamos á los señores que lo hicieron por cara D. M. Senantes, Diputado á Cortes por Azpeitia.

—D. Emilio Molina, notable periodista, director de la *Gaceta de Medicina Zoológica*.—D. Modesto Lamas, director de *El Eco de Orense*.—D. José Vega Blanco, director de *La Idea Moderna*, de Lugo.—D. Emilio Sías Comas, director de *La Integridad*, de Tuy.—D. José Gómez Martínez, director de *El Eco de Galicia*, de La Coruña.—D. José Lapique, de *El Correo Gallego*, de Orense.—D. José González, de *El Diario de León*.—D. Rutilio M. Manrique, del *Pensamiento Astorgano*.—D. Constanancio Aria, de *El Correo de Zamora*.—D. Norberto Torcal, de *El Noticiero*, de Zaragoza.—Fray Manuel M. Sainz, del *Santisimo Rosario* de Vergara.

Se recibieron también infinidad de despachos telegráficos de significadas personas. Todos ellos estaban inspirados en el mismo sentir, y de todos era nota principal, la admiración, y cariños hondamente sentidos por nuestro Obispo.

Entre otros muchos, se leyeron siete, suscritos por los siguientes señores;

D. José María de Urquijo, de Madrid.—Sr. Manrique, de Astorga.—D. Alfonso Alcalá, de Madrid.—D. Sebastián Luque, de Madrid.—Sr. Arruti, de Santiago.—Superior de la Comunidad de Capuchinos de Hija.—Ilmo. Sr. Obispo de Huesca.

— Siguió á éstos la lectura de un buen número de cartas que firmaban los Srs. D. Santiago de la Bella, de la Escuela Veterinaria de Madrid.—D. Andrés A. Comerme, General de la Armada, Ferrol.—D. Rafael Alvarez, del Instituto Geográfico y Estadístico, de Madrid.—D. José M. de Urquijo, de Bilbao y otros muchos.

